

Mahón 9 Febrero 1906

EL PORVENIR DEL OBRERO

La guerra y la reacción

Hojeando una colección del *Réveil*, excelente periódico socialista-anarquista que se publica en Ginebra, me detuvo un largo artículo de Kropotkine. Era un prefacio á la edición italiana de *Palabras de un Rebelde*. Este libro, cuyas primeras páginas datan de 1879, está cruzado, desde el principio al fin, por un gran soplo de entusiasmo y de esperanza: se habla en él de la revolución social como de un acto inminente y fatal. Hoy, sin embargo, después de veinte y cinco años, la impúdica burguesía permanece en pie como un bloque inmovible, y esperamos siempre la tempestad que ha de derribarla. ¿Se engañaban Kropotkine y los anarquistas de 1879? Esta es la pregunta que se hace nuestro compañero en el *Reveil*, y he aquí como la contesta:

«No, nos engañábamos cuando hace veinte y cinco años veíamos venir la revolución social... Solamente debemos reconocer que no habíamos sondeado toda la profundidad de la reacción que nos trajo la derrota de Francia en 1870-71, y el triunfo del imperio militar alemán...

Si la guerra de 1870-71 hubiese sencillamente trasladado el poderío militar de Francia á Alemania, esto no hubiera tenido consecuencias para el desarrollo del movimiento socialista revolucionario. Pero la guerra llegó infinitamente más lejos: paralizó á la Francia por treinta años. Con Metz á dos ó tres días de París —no una simple fortaleza, sino un campo atrincherado, donde medio millón de hombres, perfectamente equipados hasta el último enganche de la artillería, podrían ser lanzados sobre la capital veinte y cuatro horas después, ó mejor veinte y cuatro horas antes de la declaración de guerra; con la triple, ó mejor la cuádruple alianza dispuesta á poner fuego á la Francia—, y este peligro no ha cesado de pesar sobre Francia hasta estos últimos años; con la flor de la juventud francesa diezmada, tanto en los campos de batalla, como en las calles de París,—en estas condiciones ¿cómo podía la Francia no atravesar un cuarto de siglo de militarismo, no someterse á Roma por miedo á una guerra intestina y no entusiasmarse por la alianza franco-rusa? Era inevitable, era fatal...»

Estas líneas, que son la explicación histórica del «nacionalismo-revolucionario» de Kropotkine, fueron escritas en mayo de 1904, y son una prueba más de que este nacionalismo, como dijo hace poco aquí mismo (en *Les Temps Nouveaux*) Charles Albert, no data de ayer y los familiares del pensamiento de nuestro anciano compañero lo sabían mucho antes de que los artículos de M. Pierre Millé en el *Temps* y de M. Longuet en la *Humanité*, aquél inexacto, éste insidioso, lo hubiesen lanzado á todos los vientos.

En último resultado, importa poco, y yo no he de hacer aquí justicia á las insinuaciones pérfidas. Quiero solamente dar también mi opinión —todavía es tiempo— so-

bre la cuestión apasionante del antimilitarismo revolucionario y, muy particularmente, de la actitud de los anarquistas, no diré en caso de guerra, sino más generalmente ante la guerra.

**

Desde luego puede no pensarse que la reacción que cayó sobre Europa después de 1870 y de que, en opinión de Kropotkine, apenas estaríamos saliendo, haya tenido por causa lo de Sedan.

Leipzig y Waterloo habían sido verdaderos acontecimientos políticos: el mundo había visto allí el aniquilamiento de la Revolución que había proclamado los Derechos del Hombre y cortado una cabeza real. Por el contrario, la significación de Sedan es puramente militar: es un ejército vencido que capitula, pero no hay una idea entre los pliegues de sus banderas. Y Kropotkine, que denuncia en la victoria alemana una «desgracia para la civilización», ¿podría identificar la Francia y la Revolución de una parte y de otra la Alemania y la Reacción hasta el punto de estimar que la civilización general hubiera tenido en 1870 que felicitarse vivamente de la victoria de los franceses —es decir no lo olvidemos, de los Mac-Mahon y de los Bazaine, soldados de Badinguet?

Se puede no pensar también que la reacción que siguió al tratado de Francfort tenga la amplitud y la agudeza de la que se manifestó, después de 1815, por la restauración de los Borbones de Francia, la Santa Alianza y el reinado insolente de M. de Metternich. Estoy lejos de negarlo, sin embargo; pero atribuyo la causa de ello mucho menos á la derrota francesa que á la guerra misma, á esa guerra siempre nefasta que arrojó uno contra otro, no sólo como antiguamente á dos ejércitos, sino á dos pueblos enteros.

Sí, es la guerra que es reaccionaria y cada día más, con la marcha de los tiempos, este carácter de reacción salvaje se acusará en ella. Cualquiera sea el objeto, cualquiera sea el resultado, la guerra es una regresión ciega y loca y no puede engendrar sino otras regresiones. Millares de existencias humanas segadas en su juventud, el trabajo de una generación disipado en algunos días, la ruina y la desolación sembradas en las naciones, estos son los efectos de la guerra. Pero hay algo peor. Hay ese rastro de noche y de pesadilla que la sigue inevitablemente siempre. Cuando la guerra ha pasado sobre un pueblo, han acabado por mucho tiempo las grandes ideas, los sublimes pensamientos, las nobles esperanzas en que se exaltaba su idealismo; la esterilidad hiere á la ciencia, á la filosofía, al arte y al sentimiento revolucionario y el sentimiento mismo de

justicia y de libertad se borra en los espíritus

No hay entonces más que el soldado, la borrachera de la fuerza brutal. El vencedor se abandona al orgullo bárbaro del triunfo; el vencido cura sus heridas y medita sus revanchas. Se odia de ambos lados de la línea fronteriza. Este odio tiene un nombre: es el patriotismo, y ya se sabe con cuanto cuidado los gobernantes lo mantienen y cual uso liberticida saben hacer de él cuando llega la ocasión. No hay medida reaccionaria que no se cubra con un pretexto patriótico. En nombre de la defensa nacional, se puede, sin resistencia, doblegar un país bajo el yugo de un militarismo opresivo y abrumarle con impuestos. ¿Hay algo más patriótico, por otra parte, que el sistema proteccionista ó que una expedición colonial? Y cuando, muy recientemente, el gobierno rehusaba á toda una categoría de trabajadores el derecho á la huelga, invocaba el interés superior de la defensa nacional, que legitima todos los crímenes de lo alto.

Es porque sabemos esto que no queremos más guerra y que estamos bien resueltos á impedir la de hoy en adelante, aunque sea por medio de la insurrección. Ningún prejuicio patriótico, ninguna preferencia nacional podría detenernos en el camino que emprendemos y por el que nos siguen ya todos los trabajadores conscientes de sus intereses de clase y más generalmente todos los hombres enamorados de la verdadera justicia y la verdadera libertad. La guerra es un arma terrible en manos de los Estados que la blanden, como perpetua amenaza, sobre la cabeza de los pueblos. Hace más de un cuarto de siglo que vivimos con el espanto de «la próxima guerra» y este miedo nos paraliza y estorba la marcha de la revolución.

Pues bien, el único medio de prevenir la guerra es negarse á ella. Esto es lo que hemos hecho y los gobernantes están advertidos. Hay desde ahora una minoría de hombres absolutamente resueltos, venga lo que venga, á no tomar ya las armas contra lo que se llama el extranjero; hay desde ahora una minoría de revolucionarios en estado de insurrección contra la guerra.

Enseñemos á los pueblos que creen todavía en la fatalidad de las batallas, como el marinero en la de la tempestad, que la posibilidad de la guerra se desvanecerá en cuanto ellos quieran con fuerza. Enseñémosles á querer. No hay enseñanza más urgente que esta.

A esto se limita nuestro deber, porque no alcanza más nuestro poder. Debemos impedir la guerra imponiendo la paz. Nos señalan algunos un deber diferente que consistiría, no en prevenir la guerra, sino en prevenirla, con acompañamiento de insurrección!

Kropotkine es el que va más lejos por esta peligrosa vía: va hasta prever la invasión de Francia «por una coalición de burguesías que odian sobre todo en el pueblo francés su papel de vanguardia.»

Por mi parte, yo me niego á los horóscopos. Después de treinta años que leen los revolucionarios en el porvenir cosas muy bellas que el porvenir desmiente... ¿no están cansados todavía del juego profético? Se puede, sin embargo, conjeturar que los que no habrán sabido impedir la guerra, no sabrán tampoco, cuando haya surgido, paralizarla por la insurrección.

Es en el presente que debemos emplear nuestra valentía. No tenemos sino deberes presentes. — La lucha contra la guerra, generadora de reacción social, es uno de estos. No podríamos sustraernos á él sin caer en falta.

AMÉDÉE DUNOIS

Mendigos

Buena, pero buena, la hizo el maldito aquel que por vez primera pidió la conformidad y la paciencia á los humildes y aconsejó á los poderosos la caridad y protección. Andando los siglos, sus doctrinas han convertido á los pueblos en un rebaño de mendigos burlados y devorados por lobos.

No escarmentamos. Búrlase continuamente el Estado de sus súbditos dejando la realización de sus aspiraciones para las kalendas griegas, los súbditos, empero, continúan tendiéndole la mano, mendigándole apoyo, solicitando ayuda.

¿Abusa la clase militar de sus privilegios, pesa demasiado, económicamente hablando, sobre las espaldas del pueblo? Pues petición al Estado para que haga cesar el abuso y el gravamen.

¿Abusa el clero, violando niños, robando fortunas, tiranizando las conciencias? Pues al Estado nueva petición para que lo meta en cintura.

¿Se excede un Ayuntamiento ladrón? Petición al canto para que el Estado lo destituya.

¿Roba la banca, roba el comercio, roba el industrial? Pues petición al Estado ó á su apéndice el Municipio.

¿Qué más? Aun cuando el Estado nos resulta grilla, aun cuando el gobierno nos vapulea y esquilma, á él se acude pidiéndole protección y amparo, como si las súplicas del robado y apaleado pudiesen hacer mella en el ladrón que lo mantea y desnuda.

Mendigo por educación, por instrucción, por rutina, aquí no hay nadie, ni colectividad ni individuos, que tengan la suficiente dignidad, la confianza en su propia fuerza, para rechazar mentidas protecciones é imponerse á los poderosos.

Asquea el estómago ver el sinnúmero de peticiones que por corregir fas ó nefas se han dirigido al Estado español en menos de media docena de años. Se podrían construir con el papel escrito otras tantas pirámides de Egipto. Mensajes, memorias, exposiciones, solicitudes, instancias, son términos que expresan una misma cosa: mendicidad.

Vivimos de limosna. Desde las menguadas y raquíticas libertades políticas que disfrutamos á intervalos hasta el salario raquítrico y mezquino del obrero, la vida individual y colectiva está á merced de la granjería política, de la pillería religiosa, de la fanfarria militar, de la petulancia de la magistratura, de la gárrula sabiduría del sabio oficial, de la rapacidad del patrono, de la tranca del bruto policía, del llaverazo del guardián del presidio, del puño del verdugo.

Todo esto nos ahoga, nos aplasta, nos hunde, nos revienta por completo... No im-

porta, á ellos continuamos pidiendo protección y amparo; un día al Estado contra el clero, otro al clero contra el jesuitismo, al siguiente al militar contra el político monárquico, y así hacia el infinito según caen las pesas de la imbecilidad en los acontecimientos.

Nos contentamos, es decir, se contenta el pueblo, se contentan sus prohombres, con vociferar y pedir. Para obrar no hay energías, para castigar á los farsantes y á los ladrones no hay valor ni puños. Se arbitra dinero para el papel de las peticiones, no lo hay para comprar fusiles. La papeleta electoral, que es la forma más moderna de la mendicidad, ha matado el trabuco.

Mendigos y tontos por añadidura, ni el pueblo sabe más que pedir, ni los bullebulle que se creen revolucionarios aconsejarle. Más aún, cuando, por rara casualidad, hay un puñado de valientes que obran, que con mano fuerte imponen correctivo al poderoso insolente, ya están saliendo los discípulos de Cristo para aconsejarle la paciencia, desvirtuar su rebeldía y encauzarla por el inútil camino de la *petición serena y razonada* que acaba en mayor engaño y vاپuleo. Que hablen los obreros de la cuenca del Ter, los labriegos de Madrid, los campesinos de Andalucía, y tantos otros.

Y así andamos de haraposos y hambrientos, mientras todas las clases privilegiadas digieren cómodamente, haciendo oídos de mercader á los pediguños.

Y hacen bien ¡pardiez! Todo mendigo merece el salivazo del desprecio. Que aprendan á labrarse su bienestar material apoderándose de las riquezas que por derecho natural les pertenecen; que aprendan á afianzar su libertad clavando en una esquina al tiranuelo que se la roba.

No hay amos, no hay más que esclavos mendicantes.

No es este el camino. Hay que encauzar los deseos y las aspiraciones de los pueblos por el camino de la altivez que exige y obra, y no por el de la humillación que solicita y espera... la burla segura del poderoso. Construyamos nosotros mismos nuestra vida sin esperar en los falsos arquitectos de la sociedad, que antes que en nosotros pensaron primero en labrarse la suya.

Puños de hombres hacen falta, no chillidos de mujerzuelas alborotadas.

A balazos se derriba la tiranía, que no con el papel mojado de peticiones que duermen el sueño de las marmotas en los despachos de los tiranos y explotadores.

JOSÉ PRAT

Los asesinos

Un hombre armado de una hacha pasa corriendo ante Sócrates. Persigue á otro hombre que corre también á todo correr.

—¡Detenedle, detenedle!

El maestro de Platón no se mueve.

—¿Cómo — exclama el hombre del hacha — no podíais cortarle el paso? ¡Es un asesino!

—¿Un asesino? ¿Y que entiendes por asesino?

—No hagas el tonto. Asesino es un hombre que mata.

—¿Se trata de un matarife?

—¡Viejo loco! Un hombre que mata á otro hombre.

—Ah, sí. Un soldado.

—¡Cernícalo! Un hombre que mata á otro hombre en tiempo de paz.

—Ya comprendo. El verdugo.

—¡Asno albardado! Un hombre que mata á otro hombre en su casa.

—Perfectamente. Un médico.

El hombre del hacha se va, convencido de que trata con un lunático.

Manifestación de un criterio

¡El aborto! Quisiera que se me dijera primeramente ¿dónde y cuándo principia? El hombre que se preserva de los resultados de un encuentro, la mujer que evita inmediatamente las consecuencias futuras ¿son abortadores? En buena lógica, la ley tendría que decir sí. ¡Y abortador también Onán, el hombre ruín que sembraba su trigo en la hierba, lo que no ha impedido, á pesar de eso, á Israel germinar y recolectar. Pero, siguiendo por este camino, los colegios, las casas de pupilos, los cuarteles, los conventos, los navíos, todas las aglomeraciones de adolescentes, de hombres, de mujeres, donde los sexos aislados se atraen y se ilusionan, son fábricas de abortos.

Y ¿en qué momento el aborto es legal? ¿en qué momento no lo es? La Iglesia es lógica, por lo menos en sus interdicciones, en sus prohibiciones, pero el Código... ¡ah qué burlesco!

¡Como si la conciencia — la única ley del mundo — hiciese tales distinciones y se parapetase detrás de esos subterfugios! ¡Desde que un sér ha sido «lanzado» á la tierra, tan pequeño, tan delicado, tan atractivo en su fealdad y en su debilidad, desde que ha dado su primer vagido, agitado sus manecitas, desunido sus piessitos, ya vive, ya es sagrado!

Antes hay una mujer — y nada más que una mujer — ¿lo entendéis bien? Esto es tan justo, que en caso de alumbramiento difícil, los médicos no vacian: salvan á la madre y dejan al niño anulado.

¿Se quedarían asombrados, aquéllos, si se les tratase como abortadores!

Pero ¿y la repoblación?... repiten los economistas.

¡La repoblación! ¿Qué se hace en favor de las familias numerosas, el enjambre de diez ó doce chiquillos que en vuestro estado social no hallan con qué alimentarse, ni aún dónde cobijarse?

¿Qué se hace en favor del padre de una numerosa prole? ¿Cuál es su recompensa, el estímulo que se le ofrece, la protección que se le da, la ayuda que se le otorga, el alivio de sus cargas, de sus crueles deberes, de sus aplastantes obligaciones?

Nada. La pena, la miseria y el suicidio al remate. ¡He aquí su suerte!

Ved, pues, que el aborto es una desgracia, una fatalidad — no un crimen. La legislación no tiene derecho á castigar lo que es obra suya, obra exclusiva de ella sola. Mientras haya por el mundo degenerados y hambrientos, la bandera de Malthus — la bandera manchada de sangre de los infanticidios antes del acto de la inscripción — flotará sobre ese rebaño de amazonas rebeldes, quienes, obligadas por nuestras leyes á mantener sus senos estériles, tienen derecho á quedar con sus flancos infecundos!...

SÉVERINE

La última huelga

Oh! la última huelga! Fué tan grande como grande había sido el sufrimiento humano, tan imponente como el apocalipsis, tan justa como injusta había sido la sociedad pasada. El edificio social basado sobre el robo, la mentira y la muerte se abría desde el cimientto hasta el remate, dejando pasar por los huecos el huracán de justicia y de verdad que surgía por todos los ámbitos del mundo y que desencajaba los tirantes de la armazón, arrancaba las puertas y precipitaba la cal sobre los hierros, los ladrillos sobre la cal, las piedras sobre los ladrillos y el polvo sobre todo el caos.

Y qué trabajo titánico se había necesitado para unir todos los esfuerzos, todas las mentes, todos los brazos productores; qué fuerza de convicción habíase necesitado para arrostrar las risas, las calumnias, las prisiones y los patíbulos con que los poderosos y

los ignorantes castigaban á los apóstoles de la justicia y de la verdad, los mentadores de la Buena Nueva.

La huelga, el cruce de brazos, había comenzado por un individuo cansado del trabajo bestial é injusto, poco á poco otros lo habían imitado; ya no era una fábrica — especie de cárceles donde no faltaba nada desde el centinela al guardachusma — el descontento se extendía al gremio entero; por otro lado también los otros gremios se unían y protestaban en contra de la miseria y la injusticia, oponiendo la valla de la unión obrera contra la unión ensoberbecida de la explotación capitalista; así es que cuando un gremio, cansado de producir para otros y sin ningún beneficio real para ellos, reclamaba un poco más de justicia y de libertad y no era oído por la unión capitalista, los otros gremios lo acompañaban y á los explotadores les era necesario ceder.

Los gobiernos, impulsados por sus dueños, los capitalistas, queriendo destruir la protesta de los trabajadores, habían expulsado de las ciudades, de las comarcas, de las naciones á los promovedores de la verdad, á los que ellos llamaban instigadores del desorden, como si á los estómagos vacíos fuera necesario que otros les dijeran que había necesidad de llenarlos; pero lo que la autoridad quería salvar estaba más amenazado. Las ideas eran lanzadas á los cuatro vientos como eran lanzados los hombres que las propagaban; las fronteras no existían para los libros, para la ciencia, para el progreso; y la unión se extendía, los brazos se contaban, la *gran mancha* se expandía, se clareaba el cielo de las aspiraciones de los humildes, al través de las fronteras, de los continentes y de los océanos.

—Podían estar los reyes enemistados, podían mirarse fieramente al través de las fronteras; los trabajadores no hacían caso y se abrazaban, se sentían hermanos en el sufrimiento; las guerras ese crimen monstruoso, producto de la ambición capitalista, habían concluído; por otra parte los reyes de Europa habían comprendido que las guerras entre sí traerían una catástrofe aún mayor para ellos y trataban por todas las maneras que no se produjeran; los ejércitos eran guardados para los enemigos de casa, para el pueblo, puesto que no eran necesarios para los de afuera; pero también este ejército comenzaba á rebelarse y no estaba lejano el día en que se pasasen al pueblo con armas y bagajes.

Por otra parte las grandes compañías de explotaciones habíanse juntado, formando grandes asociaciones llamadas *trusts*, y mediante las cuales, los instrumentos de trabajo, el suelo y el subsuelo no eran propiedad más que de unos pocos individuos: casi todos los trabajadores dependían directa ó indirectamente de estas grandes asociaciones de capitalistas, trayendo como consecuencia lógica de que una huelga comenzada en un punto se generalizó á Europa y América; todos los pueblos habían sido arrastrados en esa cruenta lucha: el principio del fin se acercaba á pasos agigantados. Todos los obreros, todo el pueblo, por solidaridad y para precipitar el fin de la explotación y de la ruína, dejaron el trabajo: los manuales de las fábricas, puertos, ferrocarriles, minas y todos los oficios de sus dependencias, como también los campesinos y todos los oficios primordiales para las necesidades más apremiantes, alimentarias, vestido, agua y luz, habíanse cruzado de brazos, no queriendo trabajar más para otros. Pasaron algunos días; la miseria se hizo sentir y hubo necesidad de tomar posesión de los artículos de primera necesidad: el choque con los sostenedores de lo viejo, la lucha contra los detentadores de la libertad y de la felicidad se produjo.

Pero la lucha no podía durar mucho; las clases dirigentes no podían contar con la tropa, con el ejército; éste viendo la terrible fuerza de sus hermanos, comprendiendo su

desesperación y la justicia de su causa, resolvieron ayudarlos y los cuarteles quedaron vacíos: por todas partes el pueblo se amotinaba, exigía el derecho á la vida, á la felicidad; los depósitos eran invadidos, los antiguos propietarios morían en sus casas por no querer ceder nada al Mundo Nuevo; la sangre había comenzado á correr, el abismo estaba abierto, ya no era posible entenderse con lo viejo; el primer paso estaba dado. El pueblo desesperado de haber sufrido tanto, no observaba vallas, y se luchó muchos días, hasta dar en tierra con el mundo viejo y edificar sobre sus escombros aún calientes por los incendios, el edificio nuevo de la felicidad, de la igualdad y del amor.

JULIANO

Trabajando sólo ocho horas, el obrero podrá dedicar más tiempo á su instrucción y comprenderá así mejor sus derechos.

Protección á la infancia

Sobre este tema dió una conferencia en el Ateneo el abogado D. Pedro Ballester, secretario de una Junta que para proteger á la infancia se ha establecido con carácter oficial en esta ciudad.

La experiencia nos ha demostrado que estas palabras «con carácter oficial» aplicadas á instituciones benéficas implican por lo menos la inutilidad de las mismas. A veces la inutilidad se convierte en perjuicio, en coacción para los mismos que aparentemente se trata de proteger.

¿Acaso no demostró esto mismo la conferencia del señor Ballester? — Desde hace muchos años, dijo, existen leyes protectoras de la infancia, así referentes á la instrucción como á la reglamentación del trabajo de los niños y de las madres. — Pero estas leyes nunca se han cumplido.

La misión de las Juntas de Protección á la Infancia es hacer que estas leyes se cumplan y proponer otras leyes y providencias gubernativas... que también quedarán sin cumplir, en cuanto sean favorables á la salud y á la educación de los niños, pero se llevarán con rigor en cuanto sirvan de molestia á los mismos niños y á sus padres. — ¿Cómo han de hacer otra cosa los gobernantes, si en su mayoría, por no decir en su totalidad, creen que su misión no es servir al pueblo, sino dominarle, aplastarle?

En un principio, los que como el señor Ballester formen parte de esta Junta con el entusiasmo de quien cree que se va á hacer algo práctico y beneficioso tendrán iniciativas laudables, darán comienzo á cosas buenas, pero bien pronto el «carácter oficial» pesará sobre esa Junta como una maldición, y todas las buenas intenciones fracasarán.

Nada hay más inútil que legislar en favor de los débiles. — Los encargados de aplicar la legislación la emplean siempre en favor de sí mismos y de la clase á que pertenecen, y por lo tanto contra los desheredados.

Los gobernantes y las Juntas con «carácter oficial» no pueden hacer otra cosa.

El problema de la [salud y de la educación del niño no puede separarse del conjunto del problema social. Si los padres son pobres, si con mucha dificultad encuentran trabajo y cuando lo encuentran apenas les basta para vivir, ¿cómo se han de librar los

hijos de los daños morales y materiales de la miseria?

Nos llaman utopistas porque queremos transformar el régimen social, que al fin y al cabo depende de la voluntad de los hombres. ¿Por ventura no merecen mucho más este calificativo los que quieren evitar los efectos sin destruir las causas?

JUAN CUALQUIERA

Comunismo é individualismo

El primero es la vida, el segundo es la muerte. A la sombra del uno nacen y se desenvuelven todas las buenas cualidades del hombre; á la del otro todas las malas.

La propiedad, y en su consecuencia el dinero, han sido, son y serán, en tanto no desaparezcan, la única y verdadera causa de todas las rivalidades, de todos los crímenes, de todos los horrores y de todas las guerras que han cubierto de sangre la tierra y sembrado el odio y el rencor entre los mortales.

Y si dijera que hasta las enfermedades, esas horribles plagas que, como el cólera y la peste, barren á poblaciones enteras, son también obra suya, no mentiría.

¿Por qué al presentarse uno ó dos casos de una de esas afecciones terribles, todo el mundo teme, y con razón, que pierda su carácter esporádico y se convierta en epidémico? ¿Por qué el cólera es endémico á orillas del Ganges y la tisis en Europa y América enteras? Porque una mala y escasa alimentación, vestidos insuficientes y habitaciones malsanas tienen forzosamente que favorecer el contagio y hacer formidable la invasión.

Las poblaciones modernas son como los sepulcros blanqueados de que habla la Biblia; calles anchas y rectas, muchas con árboles, y fuentes públicas á cada paso. Las casas, simétricamente construídas, pintadas y cuidadas con esmero, convidan á habitarlas. Pero penetremos en su seno, y veamos si el interior está en armonía con el exterior. El desencanto no puede ser mayor ni más completo; los patios, que en las antiguas casas de vecinos eran un desahogo y una comodidad, han desaparecido; habitaciones sombrías é insalubres, unidas por estrechos y oscuros pasadizos ocupan su lugar. El afán del dinero, más vivo en el burgués moderno que en el rico de antaño, ha hecho la crisis más aguda y la situación más insostenible. El alojamiento del trabajador es, en la actualidad, á pesar de sus engañosas apariencias, más reducido y peor que en el pasado; y otro tanto podría decirse respecto á los vestidos y á la alimentación. La popularización de la riqueza y la miseria es mayor cada día, y no vamos por medio de evoluciones sucesivas hacia un desenlace pacífico de la cuestión económica, sino á un choque terrible y espantoso, en que caiga la burguesía, como el pasado siglo cayeron la nobleza y el clero, para no levantarse más.

Entonces, cuando el bárbaro individualismo no pueda atravesarse en el camino del progreso, anulando en su viciado ambiente todos los adelantos de la ciencia, bastará una verdadera profilaxis para hacer poco menos que inofensivas á esas enfermedades horribles que hoy azotan á la humanidad.

Que no se preocupen los biólogos en buscar un remedio contra los microbios de la tisis, del cólera y de la peste; suprimase el sistema individualista, el régimen burgués; vuelva la sociedad al Comunismo, del que nunca debió apartarse, y los males de todo género, tanto morales como físicos, habrán desaparecido con la causa que los origina.

El día que todos tengan habitaciones higiénicas, vestidos confortables y se alimenten racionalmente, no serán los microbios los que nos quiten el sueño.

Hora es ya de que el brutal lema individualista de «Uno contra todos y todos con-

tra uno» sea reemplazado por el de «Uno para todos y todos para uno», escrito en la gran bandera comunista libertaria llamada a redimir la humanidad.

FERMÍN SALVOCHEA

¡Pobres soldados!

LOS QUE VAN

Madrid 6.—Desde Alcira (Valencia) comunican que en el momento de tomar el tren unos reclutas negáronse á embarcar fundándose en que no habían sido destinados al cuerpo que ellos deseaban.

Acudieron á la estación los jefes y las autoridades, logrando al fin *embarcarlos custodiados por la benemérita*.

LOS QUE VUELVEN

San Petersburgo. — Comunican de Wladivostok que los soldados repatriados del Japón han vuelto á amotinarse.

Los cosacos luchan contra ellos para rendirlos, habiéndoles causado numerosas bajas.

Estos dos telegramas que hemos copiado de *El Liberal* de esta ciudad (7 de Febrero) encierran toda la historia del pobre soldado.

Aquí, como en Rusia, como en todas partes, son muy patriotas los capitalistas que juegan á la Bolsa con el papel del Estado; son muy patriotas, pero no van al cuartel ni á la guerra.

Los que van á la guerra son los infelices trabajadores, que nada tienen que ganar ni que perder, que sólo tienen su sangre y su vida y ambas se las hacen perder los capitalistas que hacen sus negocios con el papel del Estado, que se enriquecen tal vez con las derrotas de la misma patria.

¡Pobres soldados! Se les embarca custodiados por la benemérita. Se les recibe cargando sobre ellos los cosacos.

Aquí no hubo necesidad de cargar sobre los repatriados de nuestras guerras coloniales; pero son muy pocos los que quedan. Las enfermedades que trajeron y la miseria que hallaron en sus hogares han acabado con casi todos.

Verdaderamente, hacen mucha falta las leyes represivas que prepara el Gobierno liberal.

Los graves

Odio á los hombres que se amartillan en una idea personal y que van como un rebaño empujándose unos á otros é inclinándose la cabeza para no ver el resplandor del cielo. Cada rebaño tiene su Dios su fetiche, en aras del cual inmola la gran verdad humana. Prosiguen con seriedad su camino y van andando con grave continente, en medio de la necedad, lanzando exclamaciones de desesperación cada vez que algo turba su fanatismo pueril.

¿Dónde están, pregunto, los hombres libres, los que no encierran el pensamiento en el estrecho círculo de un dogma y avanzan francamente hacia la luz, sin miedo á desmentirse mañana y sin cuidarse más que de lo justo y lo verdadero? ¿Dónde están los hombres que no forman parte de la claqué juramentada y que aplauden á una indica-

ción del jefe, á Dios ó al príncipe, al pueblo ó á la aristocracia? ¿Dónde están los hombres que viven aislados, lejos de los rebaños humanos, los que acogen bien todo lo grande, los que desprecian las camarillas y son partidarios de la libertad de las ideas?

Cuando estos hombres hablan, las gentes graves y estúpidas se enfadan y los abruma con el peso de su número; después, con aire solemne, vuelven á ocuparse de su digestión, y cuando están en familia, prueban de una manera indudable que todos son unos imbéciles.

Los odio.

EMILIO ZOLA

Con la jornada de ocho horas se acelerará el día de la revolución emancipadora.

Nuevo proceso

El señor Fiscal de la Audiencia de esta provincia habrá creído, sin duda, que cumplía con su deber ordenando que se nos procese por el escrito *Amor divino*, inserto en una *Hoja de Propaganda* correspondiente al 15 de diciembre último.

Para los Fiscales debe ser muy grato el poder cumplir alguna vez con su deber, sin temor á disgustos, ni á traslados, sin coacción de influencias políticas ó de otro género. Tal vez, mejor que quejarnos, deberíamos felicitar al señor Fiscal de la Audiencia de Baleares por haberse podido dar á costa nuestra un gusto que no siempre es permitido á los señores fiscales. Algún periódico mahonés le sacaría de sus casillas... y lo hemos pagado nosotros.

Por otra parte, en *Amor divino* no había ni una de esas que se llamen *palabras fuertes*, ni un concepto descomedido. Se decía sencillamente que los curas no creen en Dios, ni en el alma, ni en nada sobrenatural. Que nos dispense el señor Fiscal, pero, á pesar de su querrela, continuamos pensando lo mismo.

No hemos seguido nunca el procedimiento de buscar las denuncias y los procesos; pero tampoco queremos rehuir ninguna de las responsabilidades que puedan cabernos por la manifestación de nuestras ideas. Nuestro amigo J. Mir se ha declarado autor del escrito *Amor divino* y por consiguiente ha sido procesado.

Si se puede castigar á un hombre por decir que la conducta de los curas demuestra que no creen en Dios, que se nos castigue.

El señor Fiscal tal vez ha creído que cumplía con su deber. Nosotros tenemos la seguridad de haber cumplido el nuestro.

ECOS Y COMENTARIOS

Estamos otra vez sin correos. Por esta vez no se trata de elecciones, sino de verdadero mal tiempo que reina en el mar y con el cual no pueden atreverse nuestros frágiles vapores.

Unas veces por esto, otras por lo otro, lo cierto es que nos quedamos sin comunicaciones la mitad del invierno.

De Madrid nos comunican varios compañeros que han constituido un grupo titulado «Los Deviles», con objeto de propagar

las ideas anarquistas, habiendo comenzado su propaganda por ampliar la tirada del folleto *Las ocho horas*, para repartirlo gratis.

Desean ponerse en relación con todos los demás grupos anarquistas del Universo.

Dirección: Antonio Martínez, calle del Ferrocarril, 62, interior.—Madrid.

PAPEL IMPRESO

El número 4 de *Nuevas Brisas*, hermosa revista quincenal que se publica en Rosario de Santa Fé, contiene el siguiente sumario:

Administración.—*Nuevas Brisas.*—*Nuestro cliché.*—*A las clases dirigentes.*—*Así lo entiende La Luz.*—*Los alquileres.*—*Zona neutral.*—*Concurso filosófico.*—*Aires Masónicos.*—*Ráfagas.*—*Cartas Cortas.*—*El trapo negro.*

Oficinas: Entre Ríos 985 — Rosario de Santa Fé (República Argentina).

El Consultor de los Bordados, periódico de labores de señora que con muy buen acierto y creciente éxito se publica en Barcelona.

Con el número 11 de 1.º de Febrero, hemos recibido el primer ejemplar de *Album Moderno*, que la empresa del referido periódico ha puesto en venta por el insignificante precio de 1'50 pesetas; contiene una selecta y escogida colección de abecedarios adornados para bordar de diferentes tamaños y aplicaciones.

Pídanse catálogos en la Administración del referido periódico, Pino, 16, Barcelona.

Suscripción para que Alfredo Picoret, víctima del policía Memento y del juez Moreno, pueda ingresar en una Casa de Salud.

	Ptas.
SUMA ANTERIOR.	2'50
Luis Francisco	0'50
Bernardo Sintés	0'50
Gornés	0'15
J. M. Zaragoza	0'50
TOTAL.	4'15

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

- 1 *La Ganancia—Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 2 *El Patrimonio Universal—Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
- 3 *La Anarquía*—por Elíseo Reclus; 15 céntimos.
- 4 *La Mujer—Consideraciones generales sobre su estado ante las prerrogativas del hombre*, por Teresa Claramunt; 15 cts.

CORRESPONDENCIA

San Feliu de Guixols.—J. P. Con las 9 pesetas que dices has enviado á *Tierra y Libertad* tienes liquidado hasta el número 238. El importe total de los folletos es de 3'25 pesetas.

Santander.—B. R. Enviado etiquetas.

Utiel.—R. S. Hacemos modificación.

Grao.—J. M. Recibido sellos. Tienes pagado hasta el número 236.

Madrid.—*Tierra y Libertad.* El suscriptor que nos entregó 2 pesetas para vosotros es Máximo Pena, Horno, San Luis.

El Porvenir del Obrero

CONDICIONES

Suscripción: Trimestre 1 pta.
Paquete de 25 jemps. 75 cént.
Número suelto 5 »

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Castillo, 170. Mahón (Baleares).

Imprenta de «El Porvenir del Obrero»—Castillo 170, Mahón